

sus choques de guerra para apedrear á los enemigos con los enemigos mismos, que habia á las manos, y los arrojaba con el impulso, y presteza que á una piedra. Si en órden á la verdad de este hecho se suspende el juicio, puede ponerse la noticia al lado de la que Virgilio nos refiere de Eneas en la Africa gentil, que para suplantar á Turno su rival, le echó encima un peñasco tan enorme, que no bastaron despues fuerzas humanas para moverlo. La verdad si és, que en las mas naciones bárbaras de la Colonia, está sobradamente indicado el terror, con que ven todavia á la de los Janambres, y esto sin duda tiene algun motivo de muy atrás en sus sucesos antiguos.

Desde las riberas meridionales del rio grande hácia el medio dia se estienden estas naciones, que propiamente llamo de la Colonia, y desde las septentrionales hacia adentro del norte se propagan otras muchas en cuyo número se cuentan desde el año de 50 que fueron recibidas de paz en estas provincias, la de los Apaches, y la de los Cumanches. Esta es el terror de todas las demas en todo tiempo, y no hay duda que lo merece tanto por su número, como por su ferocidad, astucia, y figura. Su estatura por lo común excede la regular de un hombre: su color blanco entre rojo, que para los demas indios de estas provincias es tan extraordinario, como temible por el tanto: su trage de gala una piel de sibola, que le cubre en forma de capa desde el pezcuezo hasta los pies, y al mismo tiempo les sirve en sus correrías de sombrero, de cama, y de todo vestido, porque en lo interior andan enteramente desnudos. El pelo se lo hacen crecer hasta el suelo, si pueden, trenzándose y matizándose con polvo blanco: cuando el natural no les llega á este tamaño, se valen los hombres del de las mugeres, á quienes se los cortan para el efecto, y hay tambien entre ellos, á quienes no bastándoles ni el suyo, ni el de sus mugeres, se aprovechan de las crines y colas de sus caballos trenzándose las en la cabeza para suplir el defecto. Las indias pelonas en la mayor parte usan enaguas de piel de sibola muy bien curtidas, y labradas, que les cubren hasta la rodilla, adornadas desde allí con fluecos ó alamares de conchas, y huesecillos escojidos, y de lo mismo pendientes en las narices, y en las orejas.

Cada Cumanche cuenta con tantas tiendas, y bagages de campaña á su modo, cuantas son las mugeres de su uso, y cada una de estas se encarga de servir á su hombre el dia que le cabe la vez.

A ellas toca disponer la carne que han de comer, armar, y desarmar la tienda en sus frecuentes emigraciones, tener á la mano el caballo en que ha de montar su marido, y en el camino llevarlo del cabestro, yendo ellas á pié, y sufriendo todos los rigores de la bárbarie por decenas y aun centenas de leguas; de manera que estos bárbaros han condenado á sus mugeres á una perpetua, y rigurosa esclavitud, y estas salvages no menos que sus maridos llenan sus conatos con este género de abatimiento, que tiene seguramente muy pocos ejemplares en el mundo. El indio no se ocupa en otra cosa, si no en traer á las tiendas de cada una de sus mugeres, cuando es necesario, la sibola, ó el venado, que ha muerto en la caza, y aun en la maniobra de preparar, y curtir las pieles para el uso, son mas bien las manos femeninas, que las de los hombres las que se ejercitan. Su montura es el caballo en pelo con un cabestro atravesado por entre la boca, y cuando mas con dos trozos pequeños de madera atados entre sí á corta distancia, y puestos sobre el lomo de la bestia al modo de fuste. Su remonta se cuenta por la multitud de caballos, que sin límites se propagan en aquellos desiertos, y que en partidas innumerables se presentan aunque con alguna dificultad á la mano del hombre. Tambien suelen acercarse á los presidios de los españoles á permutar pieles por caballos mansos, y cuando quieren ahorrarse de este trabajo, se conforman mejor con el hurto, y es el camino que tienen mas trillado.

Las armas que traen consigo en todo tiempo á mas del arco, y flecha, son la escopeta, el chuzo, y la macana. Está pendiente del cuello, y tocando al pecho lo mas brillante, y filosa que puede serlo, de modo que atada con oportunidad, y movediza á una, y á otra camba de la piel que los cubre en forma de capa, les sirve tambien como de broche, para asegurarsela: el chuzo, con el arco, atados al hombro, el carcax á la cintura por la parte de atrás, y la escopeta en la mano tirada por sobre el caballo. Para descargar esta, se valen siempre de mampuesta dándole este destino á la baqueta que siendo como es una vara gruesa de hierro, con una orquetilla en la punta, que corresponde al sacatrapo, la traen siempre dentro del cañon, con el doble destino de atacar con ella su carga y de fijarla en el suelo, asegurando el cañon entre la orquetilla, para dirigir mejor su tiro. Cuando ven á los españoles, que sin mampuesta atinan la puntería, se llenan de espanto, y no hayan

ademanes, con que esplicar su admiracion. Es necesario creer, que el uso de las armas de fuego en estas naciones no puede haber sido anterior al descubrimiento del nuevo mundo, y que donde primero empezaron á hacerse de ellas fué en las colonias francesas, é inglesas del continente. En el día se surten tambien de ellas en los presidios de los españoles con el designio, segun las instrucciones del señor conde de Gálvez, de introducirles necesidades por este medio, para que á ellas y por su estímulo pueda seguirse la vida civil; pero la verdad és, y la esperiencia lo acredita que en razon de estas necesidades que efectivamente se les han introducido, han progresado, y seguiran progresando sus hurtos, su altanería, y la astucia, con que en el día hacen la guerra á los mismos, que les ministran armas.

De la flecha se aprovechan siempre con preferencia, y con mas destreza en su manejo, de manera que sin ella en sus choques de guerra se verian del todo sobrecojidos, del enemigo, así por su mucha torpeza en cargar la escopeta, como por la lentitud con que toman la puntería, y hacen la descarga. Para obviar este mal, y aprovechar al mismo tiempo el estrago de las balas, usan de la flecha en sus primeras filas, ó vanguardia, amagando mas, que disparando, y entretanto los de atrás desde lugares cubiertos y bien acomodados disparan sus balas con toda seguridad, y casi á tiro hecho, sin entrar en la escaramuza, ni en el peligro. Los Apaches son algo mas torpes en el manejo de estas armas, y se vé, en que luego que se hacen de ellas dan providencia, de quitarles la llave y el eslabon como una cosa que embaraza, y para dispararla se valen los unos de los otros. El que descarga toma su puntería con la mayor pausa, y prolijidad, estribando la punta de un pie sobre la del otro indio que tiene á su lado, y que está en expectativa de que se le apriete por seña, para aplicar á la cazueleja un tizon que tiene prevenido para el efecto. (26)

(26) Si sea la bala de fusil mas ventajosa que la flecha, ó á la contra en una expedicion de campaña, es un problema de no muy facil resolucion, especialmente hablando de las provincias internas de América y con relacion á estos bárbaros con quienes se lidia en ellas. La facilidad con que se dispara el cañon, la rapidez de su estrago, la comodidad de su transporte, el respeto que infunde al enemigo, y en una palabra la superioridad de fuerzas con que se han visto ilustrados los hombres desde el invento de la pólvora y del cañon parece que son otras tantas pruebas que deciden á favor de la bala; pero si hacemos el cotejo, no podrá menos, que vacilar el discurso y quedar indecisa la cuestion. Mientras el campeon enemigo

La nacion dicha de los Cumanches infunde aun solo con su presencia tanto horror á esta de los Apaches que muchas veces se ha visto afectar la voz de Cumanche algun soldado español en las inmediaciones á alguna ranchería de Apaches, y bastar esto solo para ponerla en fuga, no obstante ser tan numerosa la Apachería que se estiende en varias ramas, y con varias denominaciones desde las costas orientales del continente por la Colonia, y la provincia de Tejas, hasta las occidentales por Sonora y California. Los Lipanes, los Mescaleros, y otras son rigurosos Apaches en la mayor grosería y ferocidad de costumbres, en el idioma, y en la alianza, que tienen entre sí. El Cumanche, como dije, es el azote de todos estos, y del Cumanche lo es el Guasa, que es otra nacion de indios mucho mas septentrionales en los confines de Tejas, y fronterizos al Canadá y al Boston.

De esta raza de salvajes solo se sabe en estos paises la relacion que hacen de ellos los Cumanches esplicando su miedo, y las razones que los obligan á tenerlo. Su vida no es errante como los demas, ni carecen de cierta legislacion, y civilidad, que los congrega en pueblos con no malos alojamientos, y algo de fortificaciones en sus plazas; que los junta á son de caja militar, para defenderse desus enemigos; que los hace cubrirse de pieles y los obliga á entrar en tráfico y alianza con sus vecinos, que no son indios. Cuando los Cumanches se aventuran á irlos á invadir en sus hogares se vén necesitados á cortar la cola, y aun el rabo á sus caba-

del indio le dispara una bala el indio la sortea libertandose de su estrago y le responde con diez flechas. Desde cierta distancia es igualmente in calculable la velocidad de una y otra para llegar al blanco y hacer en él todo el efecto de su destrozo, Si la una causa sin falta é instantaneamente la muerte; la otra no menos tiene la misma eficacia y con mucha mas inhumanidad, si á lo agudo y filoso del dardo se agrega el veneno que suelen usar algunas naciones de estos bárbaros, y por cuya virtud un solo rasguño basta para quitar la vida al paciente. La diversidad del cómodo transporte, y facil surtimiento de ambas se ve en la distancia que hay entre hallar varas, cordeles y pedernales para los arcos y las flechas y hacerse de azufre y salitre para la confeccion de la pólvora y de acero y hierro para la construccion del cañon. Lo unico que hace á la bala enteramente superior á la flecha es que esta puede resistirse en el todo y arrostrarsele con la adarga desde cierta distancia aunque larga, en que no es resistible la bala, pero tambien es cierto que en otra distancia mediana ni una ni otra lo son, y la muerte es igualmente muerte causada por cualquiera de los dos. Esta ventaja pues de la bala de fusil, que es indubitable parece que se compensa con las otras que le hace la flecha, y por consiguiente el problema queda en pié y la resolucion á mi ver, no puede apoyarse con pruebas que no padezcan objeciones sólidas.

llos, porque á voz general de todos, cuando no lo hacen así, un solo indio Guasa, corriendo tras ellos para retirarlos, escede á los caballos en la carrera los tira de las colas y cogiendo al jinete sin necesidad de armar brinco lo hecha al suelo con destrozo. Para esta empresa va á decir casi el todo á los Guasas su estatura gigantesca, que ejercitada en la fuerza, y en la carrera avanza en un solo paso lo que un caballo corriendo en dos ó tres.

En una correría de estas, lograron los Cumanches por casualidad hacer prisioneros á dos Guasas, que con las mayores algazaras de triunfo llevaron á su rancharía y ya les preparaban el mitote, para destrozarlos, y comérselos vivos á su modo. Por festejo previo dispusieron en número de más de trecientos á caballo y apostados, en distancias proporcionadas, soltar á pié, y libres á los dos prisioneros, obligándolos á correr, alcanzándolos de nuevo, y reiterando la diligencia para pasar el rato en cada diversión, y hacer tiempo á la hora del baile. Entretanto los Guasas haciendo el papel de compungidos, y acobardados, hurtaban unas veces sus vueltas á sus perseguidores, otras se dejaban alcanzar avanzando siempre algun terreno, y llegando en fin á los últimos, sorteando entonces mejor su estratagema y avivando mas su carrera, dejaron atrás á todos los caballos rendidos, y burlados sobre su montura á los que ya les preparaban lugar en sus dientes, y estomagos.

Cuando á los Cumanches se les pregunta, que juicio forman de la guerra del Guasa, responde luego significando su espanto, y admiracion, multiplicando superlativos de *muncho muncho* :: *valiente, oreja grande, pata mula* :: y en efecto los Guasas por costumbre bárbara se estiran desde infantes las orejas, y se las disponen de modo que suelen colgarles hasta el hombro, y excederles la cabeza. La naturaleza también, ayudada acaso con el artificio, los ha proveido de extraordinaria magnitud de pies aun en lo extraordinario de su estatura bien proporcionada en todo lo demás, gallarda y de buena figura. Esta oportuna alternativa de temerse unas á otras estas naciones bárbaras, de perseguirse de muerte, y de buscar por el tanto alianzas poderosas, que las protejan, trae á las manos de las armas conquistadoras de este nuevo mundo la sábia máxima de sobrellevarlas en sus divisiones, y de prestarles en lances urgentes los socorros que necesitan. Por este propio camino dispone la providencia, que estas mismas naciones de bár-

baros siempre beligerantes, y monstruosas en sus costumbres se acerquen, aunque con lentitud, y a unas sumas expensas de la monarquía, á la luz de la religion, y al conocimiento de la verdad (27).

XXIII
Conjeturas sobre el origen de estos barbaros.

Protesto que haberme extendido á hablar de los Guasas, que se albergan como dije, mucho mas allá de las lómas de San Sabá, y de las fronteras septentrionales de Tejas, es haberme salido de mi intento en la Colonia del Nuevo Santander, y costa del seno mexicano; pero ya que estamos como fuera del camino y en ocasion oportuna, aunque sea de paso, para congeturar con libertad, no vendrá mal en discurrir un algo á lo menos, y ponerse á la sombra de los sábios críticos de nuestro siglo sobre el origen, y progresos de esta multitud de naciones errantes, y varias que ha de estado, y aun está habitado el nuevo mundo. Cuando en congeturas históricas se calcula sobre datos fijos, no hay duda que es el camino mas derecho para tocar casi en demostraciones: y en el caso, reasumiendo lo que universalmente se ha recibido, asentado por cierto, es puntualmente el mejor modo de no errar.

XXIV
Antes de la conquista, y descubrimiento del Nuevo mundo.

Espues inconcuso, ecepto entre los filósofos incrédulos de nuestro siglo, que cuantos hombres han habitado, y en el dia habitan

(27) Los presidios de los Españoles que se estienden por esta parte del continente desde las inmediaciones al seno mexicano por la Bahía del Espíritu Santo, San Antonio de Béjar, Laredo, Lampaso, Agua verde y otros por toda la cordillera del rio grande, hasta las provincias de Sonora, Californias, y del nuevo Monterey en las costas del mar pacífico mas de ochocientas leguas de continente, y en distancias proporcionadas para socorrerse, importan el que menos al erario setenta mil pesos anuales tanto en la mantencion de la tropa, como en gratificaciones á los indios barbaros. Estos, no obstante la suma dulzura y hasta exesiva con que se les trata, no dejan de multiplicar sus incursiones haciendo frecuentes males, y volviendo muertes y destrozos por gratificaciones, y buen trato de sus bienhechores.

La lentitud con que progresa en ellos la luz del evangelio se está mirando en el discurso de mas de dos siglos que cuentan de fundadas las reducciones de provincias internas: y si se cotejan los padrones de indios ya reducidos y bautizados con los de los errantes salvajes aun, y bárbaros exederán estos á aquellos como mil á uno. En la Colonia se ha logrado en cincuenta años de conquistada ver en el dia reducido el número de aquella infinidad de barbaros en el principio, al de 1,367 gentiles, y el de congregados en mision y bautizados que asciende á 2,196. Así se vió en los padrones hechos por orden del Sor. Virey Marqués de Branciforte el año de 94. Es verdad que en la Colonia ha ayudado para la empresa el que en su situacion se logra cojer á los indios cerrados en cierto modo por el mar por las sierras de donde se les desaloja, y por los pueblos de Españoles que para el efecto se establecieron en el principio; lo que no sucede en los desiertos, y sumas distancias del continente en las demas provincias internas.

las cercanías del monte Ararat, y de la provincia de Armenia en Asia: aquí descansó la arca, que libertó á todas las especies de vivientes de la universal inundacion: aquí se situó Noe, y sus tres familias en el principio, y desde aquí se multiplicaron sus descendientes hasta el dia, y hasta el último rincon donde se hallen los que aun no se descubren ni conocen. Es tambien dato indubitable, que los indios septentrionales de la América son tan hombres, y tan racionales como los primeros nietos de Noe, con la diferencia solamente, de que allá se suscitaron Nombrotés, y Pitágoras, sobre la faz de nuestro globo, tienen, su origen de propagacion en que con la fuerza los primeros, y con la superioridad de talento los segundos obligaron á sus semejantes á la utilidad de congregarse, y á seguir el instinto de la naturaleza por las leyes, las ciencias, y las artes: y acá por el contrario olvidando estas primeras nociones, que en principio les fueron casi hereditarias, han progresado con el discurso de los siglos en la incensatéz, y barbárie, que habemos visto.

No es menos cierto tambien que en el espacio de 1,200 leguas que median desde los campos de Senaar en América hasta las playas septentrionales del continente antiguo debieron propagarse los primeros hombres por el órden mismo de su número, de sus necesidades: y puestos una vez aquí, ya es consiguiente, y se está viniendo á las manos, el que obligados por los motivos mismos que sus ascendientes, aumentaron su número, y extendieron sus pueblos, y comenzó desde aquella época á ser habitado de racionales el continente de la América por esta parte. Sería audacia la mas vituperable el querer abrogarse como propio este sistema acerca de los primeros pobladores del nuevo mundo, cuando es generalmente sabido, y nadie puede disimular, que el borron mas negro, con que están manchados los escritos de Filipo es haberse apropiado esta invencion, cuya edad peinaba entonces las canas de dos siglos, y ahora tres.

Protesté, y protesto ahoranuevamente, que reasumiendo solo el universal consentimiento de los críticos, se puede, y aun debe darse ya por dato inconcuso, que del antiguo y nuevo continente solo media por la parte del norte un corto trayecto de mar, que tanto deberá ser accesible á la industria humana, para vencer sus obstáculos, cuanto sean mayores las necesidades, que la sugieran. En el presente tiempo nos consta, que coagulándose los mares tanto

mas, cuanto son mas vecinos á los polos, facilitan su acceso á los hombres sobre piso firme: y si estos estrechos de mares, que ahora se coagulan, fueron, ó no, efecto de los siglos remotos de alguna de las grandes revoluciones, de que es susceptible nuestro globo, y que por consiguiente, habiendo sido ambos continentes uno solo, pudo verificarse á la letra el que sulcaran los arados, donde ahora sulcan vageles; sobre este problema digo, con quien se tropieza á cada paso en muchos escritores, ni se pueden producir impugnaciones, sin incurrir en la mas vergonzosa nota, ni tampoco pueden citarse testigos oculares. Fuese, pues, del modo que fuera este tránsito de los hombres del antiguo al nuevo continente, lo cierto es que en este se vieron hace muchos siglos descendientes de los primeros hombres, y que esta diversidad de idiomas, de caracter, de costumbres, y aun de figuras y colores no debe atribuirse á diversidad de origen; sino á otra multitud de ocurrencias con que puede salvarse la verdad.

Los hombres en cualquier tiempo, y rodeados de las mismas circunstancias han producido siempre los mismos efectos, se han engendrado un mismo caracter, y se han medido por una misma regla de costumbres. Ceñidos á un pequeño recinto, multiplicándose en su número, y con este sus competencias, sus emulaciones, y sus necesidades, han venido á parar en pueblos industriosos, que aun llegan por entre los mayores peligros á prodigar sus esfuerzos, para llenar el vacío de sus indigencias. Congregados en un terreno, aunque sea dilatado, y perseguidos por sus vecinos, que intenten desalojarlos, y derrotarlos, se han labrado en el yunque de la opresion, ó campeones inexorables, y sanguinarios, que han sujetado á su yugo á cuantos los rodean, ó agoviados por el peso, y superioridad de sus rivales, han sufrido la série de sus infortunios hasta el extremo miserable de la esclavitud, y de la muerte. Rodeados de la abundancia, que les han grangeado sus progenitores, é imbuidos solo en las ideas de los placeres ¿con cuanto ascendente no han desenvuelto todos sus resortes las pasiones irritadas, y fomentadas al mismo tiempo con el abuso de la ilustracion? Los Asirios, los Fenicios, los Persas, los Egipcios, los Griegos, los Romanos antiguos, y la Italia moderna, los Bretones, y los Galos son testigos sobradamente autorizados (28) de esta uniformi-

(28) Los Persas, los Babilonios, y los Romanos, que han sido los imperios mas poderosos y florecientes en la série de los siglos, de que se tiene noticia, fueron progresivamente cayendo en la debilidad, y poco vigor que les ocasionó su ruina,